

Precio: UNA PESETA en toda España

ENSAYOS POÉTICOS

(TRINOS Y GORJEOS)

POR

Severiano Delgado Blanco

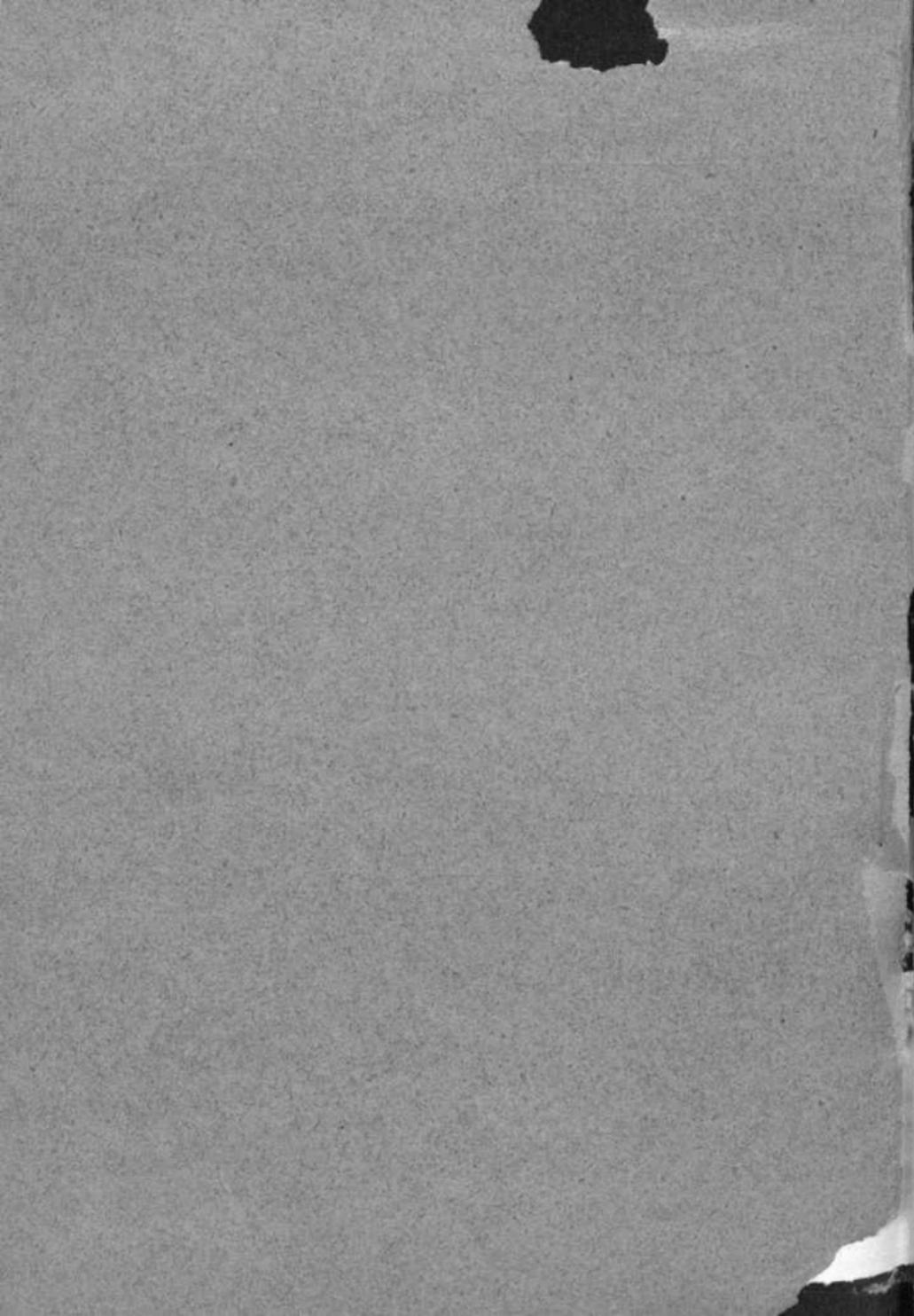
Primera edición

SALAMANCA:

ESTEBAN HERMANOS, IMPRESORES

1893

G-F 5221



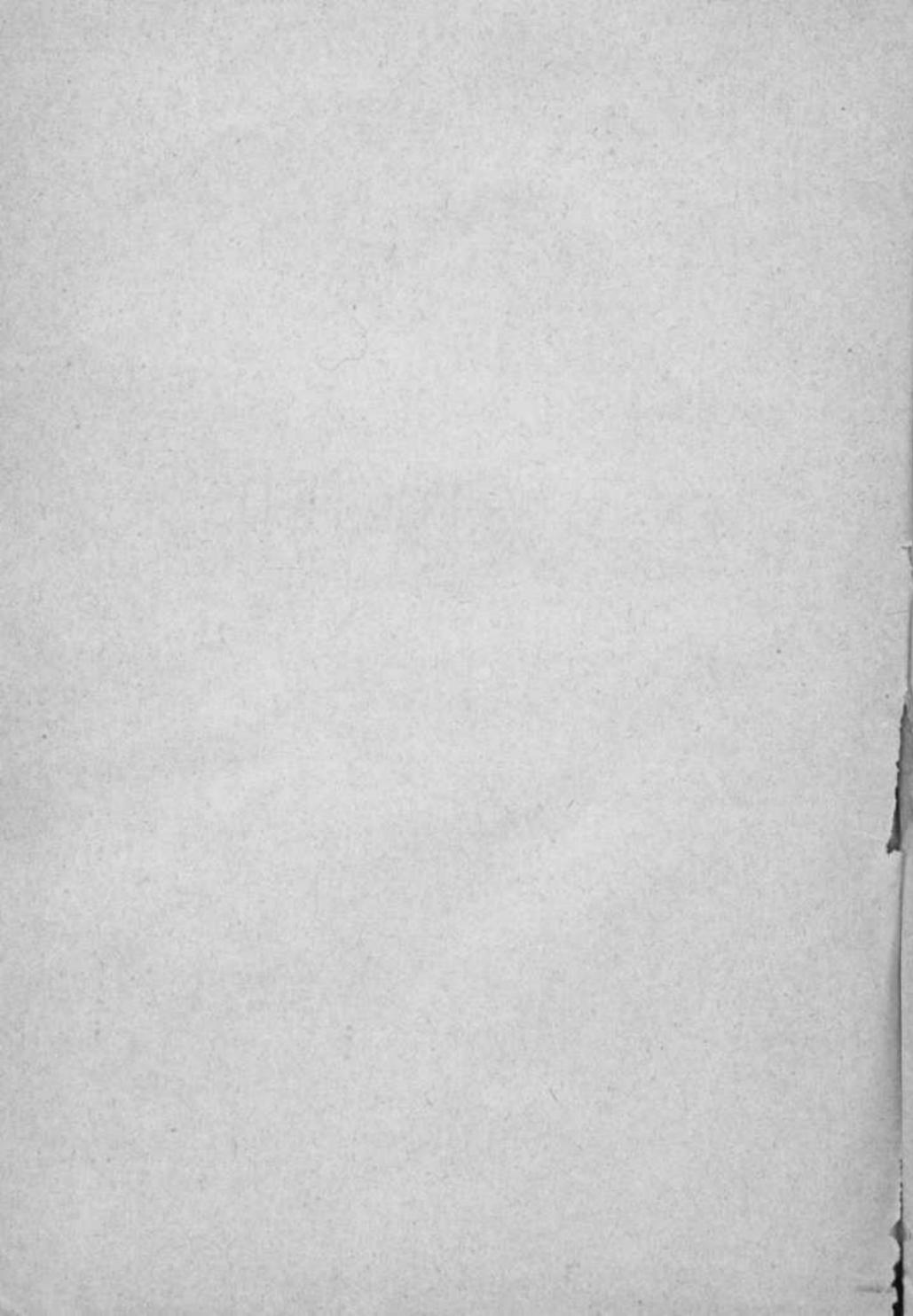
100
A

ENSAYOS POÉTICOS



TRINOS Y GORJEOS

t. 82800



Precio: UNA PESETA en toda España

ENSAYOS POÉTICOS

(TRINOS Y GORJEOS)

POR

Severiano Delgado Blanco

Primera edición

SALAMANCA:

ESTEBAN HERMANOS, IMPRESORES

1893



R. 66183

Esta obra es propiedad de su autor, que perseguirá, mediante
la ley, á aquel que la reimprima.

A mi querido amigo
Manuel Revilla Castán

Manolo: Ya sabes, como yo, que la lectura de las obras de poetas ilustres, despertaron en nosotros la idea de escribir, malgastando el tiempo, esto que el positivismo dá el nombre de chifladuras.

Y no tiene nada de extraño el que tal obremos, porque la adolescencia, como adolece de reflexión y solo marcha en brazos del entusiasmo, creyendo descubrir nuevos y claros horizontes, se precipita en la más densa obscuridad.

Pues bien; producto de ese entusiasmo y de ese arrebató de la imaginación hácia lo grande, son estas mal atinadas poesias que te dedico; de las que, por no perder la costumbre de otros noveles versificadores, dire, que no solo no valen nada, sino que de ellas nada se puede esperar, porque de

la nada nada se hace, y de lo que nada vale nada se puede sacar. Advertiendo á los lectores que no tomen este exceso de modestia por exceso de altanería y amor propio, que á nada conducen.

Pero me pregunto: ¿qué culpa tenemos nosotros que sin aptitud para hacer algo bueno pretendemos hacerlo? Ninguna; somos jóvenes; entusiastas; queremos elegir este camino; nadie nos lo impide, pues adelante con los faroles: al fin y al cabo, el que no haga su gusto es un tonto. Y además, ¿quién puede refrenar las tendencias y locos impulsos de la juventud?

Te abraza tu amigo de plumas y fatigas,

EL AUTOR.



SONETOS



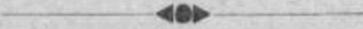
A MI MUSA

Mande el rey en su reino noche y día
en medio del orgullo y pompas reales;
y derrote en el campo á sus rivales
ó entre las olas de la mar bravia.

Conquisten con furor á sangre fría
cuanto encierran los puntos cardinales,
los soberbios señores imperiales
que nos hacen sufrir con saña impía.

Mande en sus tropas el caudillo fiero
venciendo á los contrarios en la guerra
con el furor, la astucia y el acero.

Mande el Supremo en cuanto el cosmos cierra;
que con mandar yo en tí, me considero
el hombre más dichoso de la tierra.



EL BAUTIZO

Las auras besan la arboleda ufana,
empapada en melíficos olores,

y en el aire los ruidos tronadores
resuenan de la fèrrica campana.

El sol su faz asoma en la ventana
del oriente, enviando sus fulgores
al planeta que canta sus primores
cuando comienza la tartàrea humana.

En ese instante multitud de gente
al templo acude alegre y presurosa,
un niño conduciendo al Soberano:

le echan el agua en la dormida frente,
y en aquella mañana venturosa
el templo abre las puertas á un cristiano.



A ZORRILLA

En alas de la ardiente fantasía
pasaste de este mundo los confines,
donde fueron tus musas querubines
y trinos tu sonora poesía.

Cuando la parca con su mano fría
te deparó ¡oh gran genio! grandes fines,
del Parnaso los báquicos festines
cayeron en mortal melancolía.

Cantaste al hombre, al Creador, al cielo,
y en todas partes resonó tu canto
llevando al corazón blanda dulzura:

mas ¡ay! que al expirar trocöse en hielo
la ardiente inspiración, y solo el llanto
epitafio será de la amargura.



LA AMARGA DUDA

Junio se acerca. Al brillo vacilante
que despide una lámpara mezquina,
sobre un voluminoso libro inclina
la demacrada fíz un estudiante.

En su afán de aprenderse lo bastante
por salvar de la amarga *guillotina*,
ni empieza, ni prosigue, ni termina
la lectura profética y cargante.

Piensa, no hay duda; vése en su mirada
que atmósfera de ideas es su mente,
cubiertas á su vez de velo denso.

Queda su vista inmóvil... extasiada...
y al fin exclama, con delirio ardiente:
¡saldré triunfante, ó quedaré suspenso?



TU ROSTRO

Sorprendente á los ojos se presenta
el cielo, cuando el rayo fulgurante

trocando en melancólico el semblante,
nuestro pavor y timidez aumenta.

Rico el festín que entre la orgia ostenta
el gusto delicado y elegante,
que arrebató y conmueve al tierno amante
cuando á su lado el serafín se sienta.

Bello el mundo que guarda entre su seno
placeres y cariño deleitoso
que seducen al tierno adolescente;

pero todo no es más que escoria y cieno
si sacas á la luz tu rostro hermoso,
que es más bello, más rico y sorprendente.



AMOR FRENÉTICO

No sé qué noto en tí, que me enamora
cuando tu vista con desdén me hiero,
ni sé por qué mi pecho te prefiere
siendo conmigo cruel y engañadora.

Si lejos de tí estoy, hora tras hora
llora mi corazón, que pena y muere;
y si te veo, con angustia quiere
huir de tu presencia encantadora.

¡Oh amor, que á tal martirio me condenas!
si clavando tus flechas en mi pecho
no te muestras conforme todavía,
arráncame, rompiendo las cadenas,
el corazón, que gime ya deshecho
ante tu concentrada tiranía.

AYER Y HOY

—IMITACIÓN DE LAS DOLORAS—

I

Ayer cuando alegre
la vida pasaba
teniendo á mi lado
mi prenda adorada,
sin que horrible sueño
mi mente asaltara,
ni vértigo alguno
turbase mi calma,
en mi sér tenia
risueña esperanza:
la sombra en el pecho,
la luz en el alma.

II

Hoy, que me hallo solo
en senda extraviada,
del mundo olvidado,
sin lecho ni casa,
ni el dulce cariño
de mi niña ingrata,
en mi sér ha muerto
la dulce esperanza,
y llevo al contrario
lo que antes llevaba:
la luz en el pecho,
la sombra en el alma.



LA INSPIRACIÓN

Nunca acierto á comprender
el por qué la inspiración,
al infundirse en el sér,
inquieta empieza á mover
el alma y el corazón.

Si la siento, vano intento
es querer buscar asiento
y yacer en dulce calma;
porque el corazón y el alma
latir de impaciencia siento.

Tomó al instante la pluma,
y en los versos embebido,
mi jóven mente se abruma;
quedo después abatido
y nada bueno hice en suma.

Dejo los libros de ciencia,
fatigo mi inteligencia,
y si sigo en tal manía
voy á encontrarme algún día
á la luna de Valencia.



CANCIONES

LAS MUJERES Y LAS FLORES

Bellas, fragantes, cándidas y hermosas
engalanan el suelo
las mañanas dichosas,
en que pintado el cielo
de claro azul, el sol en el oriente
alza la altiva frente,
el néctar y el aliento combinando,
los pétalos y rostros matizando,
la esencia de unas y otras confundiendo,
y al mundo sonriente
placer y dicha voluptuosa dando.

—

Si nada es una flor sin una bella
que la plante juiciosa en sus cabellos,
la mujer, aunque bella, sin aquella,
es el color que exento de pintura
no ostenta la hermosura
cual si estuviese en lienzos estampado,
y de otros adornado
para ostentar la vida en la figura.

—

Es la mujer la creación divina,
la imagen peregrina
de aquella virgen que voló del suelo,
gigante ninfa, diminuto cielo,

en cuyo blanco rostro se retrata
el oro vislumbrante,
la cadenciosa plata,
el nácar, y las perlas, y el rocío,
los esmaltes del piélagos bravío,
y su mirada súbita centella
que hiere y mata, sin saber que mata,
que pasa y queda por doquier la huella.

Y es la flor olorosa,
aliento de una diosa
que se mezcla, se funde, se acumula,
que la tierra coagula
y le da forma y purpurino tinte,
á fin que luego adorne
su adusta faz, y pinte
de colores la dulce primavera
al agitar Abril su cabellera.

Y son ambas un mundo de colores,
un cielo de la ardiente Andalucía,
saturada ambrosía
que embriaga y convida á los amores;
que á todos nos alhaga,
y que tan solo el tiempo imperdurable
su esencia extingue y su sabor apaga.



LA CANCIÓN DEL POETA

I

Nací en humilde cuna, de Abril una mañana,
mientras lanzaba al aire sus tonos la campana,

y mientras iba alegre la absorta caravana
cruzando los desiertos en busca de su Dios;
y apenas vine al mundo, mi jóven musa, ufana
en mi tierno cerebro, alzó la fantasía,
y al contemplar absorto la clara luz del día,
pintábase en mi rostro la cándida alegría,
y de esperanza lleno mi corazón latía
al ir corriendo el alma de su ideal en pos.

Y mi númen
inflamando
y elevando
á otra región,
fuí creciendo
y admirando
la divina
creación.

Siempre á mi paso
campos de flores,
bellos colores
y dulce amor,
y en mis oídos
el eco blando,
siempre sonando
del Creador.

Y así seguí las huellas
de mi dulce destino,
aquí y allí sin tino
en pos de mi ideal;

mientras allá en los aires
el eco resonaba,
del canto que entonaba
mi voz angelical.

II

Siguiendo mi camino llegué, cual mis mayores,
á la estación dichosa en que brindan los amores
con trinos, y gorjeos, y risas, y colores,
el cántico elevando al son de mi laud;
mientras que en torno mio hacian mil primores
en danzas voladoras los coros de las bellas,
al son de panderetas, y flautas, y tambores,
y destripando á un tiempo del vino las botellas,
y cual si fuesen rápidas é indómitas centellas,
marcaban en el suelo mil caprichosas huellas
á impulso de los bríos que dá la juventud.

—
Y embebido
en la alegría
recorría
sin temor,
como alada
mariposa,
que se posa
en tanta flor.

—
Hollando nieve,
pisando abrojos
á mis antojos
iba doquier,

y en todas partes
hallé placeres,
y hallé mujeres
à quien querer.

—
Y así seguí las huellas
de mi dulce destino,
aquí y allí sin tino
en pos de mi ideal;
mientras allá en los aires
el eco resonaba
del canto que entonaba
mi voz angelical.



MI DESEO

Cuando triste en el lecho de agonía
exhale ¡oh Luisa! mi postrer lamento,
y mi materia inerte depositen
en el obscuro y reducido féretro;
cuando la tierra, mi querida madre,
con cariño y piedad me abra su seno
y mi alma pura de placer henchida
y de gloria y amor se eleve al cielo;
tan solo, Luisa mía, te suplico
que estampes en mi boca ardiente beso,
para que aun muerto, en la sombría tumba
me preste vida y hasta amor tu aliento.



EL MUNDO Y LA VIDA

*A mi querido amigo y condiscipulo Fernando
Verea y Blasco*

¡El mundo!.. ¿qué es el mundo? La danza intermi-
(nable,
la lucha de las olas del borrascoso mar,
un cúmulo de sombras, un piélago insondable,
monótonos vaivenes de masa inexplicable
y ruidos que enmudecen y vuelven á sonar.

¡El mundo!... ¿qué es el mundo? ¿Se sabe, por ven-
(tura,
lo que es, aunque Espronceda tan claro le pintó?
El mundo es un fantasma que cruza por la anchura,
que engendra el desvario, que aviva la locura,
que marcha tras la dicha y dicha no encontró

¡El mundo!... ¿qué es el mundo? ¡Oh amigo! si su-
(piera
lo que es, para decirtelo de mi laud al son,
los ayes de mi pecho de mí alejado hubiera
y en él alegre y dócil tras el amor corriera,
ageno de desdichas y pena el corazón.

Cada hombre es una gota de sangre enrojecida,
que hierve, se evapora y vuélvese á formar;
la vida es de este mundo lo que él es de la vida,

un lazo que se estrecha, quebrándose enseguida,
y un rayo que se extingue los astros al cruzar.

—
¡La vida!... ¿qué es la vida? Vapores confundidos,
un mar que á los reflejos del sol troca el color,
impulso misterioso, dolientes alaridos,
relámpago que alumbra los cráneos carcomidos,
que crece, que anda incierto y al fin pierde el fulgor.

—
¡La vida!... ¿qué es la vida? ¡Acaso es la harmonia
como Zorrilla absorto clamó en su juventud?
La vida es una mole, cruel monotonía,
la sombra de otra sombra, que ya vagó otro día
y se extinguió á presencia de mortecina luz.

—
¡La vida!... ¿qué es la vida?... ¡Jesús!... ¡me vuelvo
(loco!...
no puedo saber nunca qué es vida, y vivo estoy;
ó vivo en el misterio, ó el hombre vale poco,
ó nunca con el génio de las verdades toco,
ó al contemplarme atónito, siquiera sé quién soy.

—
¡Oh duda! tu me abrasas: á Núñez de Arce leo,
y aunque me esfuerzo mucho, no puedo conseguir
saber qué es lo que dice, saber qué es lo que veo;
me canso, me confundo, me agito, me mareo
y con cien mil errores me envuelvo... y á dormir.



A MI MADRE

¡Pobre viuda! en la dulce primavera,
consagras tu cariño solamente
á los hijos de amor, que la quimera
de una pasión fugáz y pasajera
engendró en tus entrañas dulcemente.

Hoy, que llorando sin cesar te veo
la muerte de mi padre y de tu esposo,
se levanta en mi mente un devaneo
al recordar que dióte el Himeneo
lo que llevó después el Poderoso

Nací puesta á los ojos una venda,
y al arrancarla, contemplé tu duelo:
sigo del mundo por la obscura senda,
y no puedo alejar esta contienda,
repleta siempre de mortal anhelo.

¡Padre!... ¡padre!... grité; y á mis gemidos
mi padre no acudió. La parea impía
tapóle con su saña los sentidos,
y del pecho los múltiples latidos
cesaron de oscilar en aquel día.

.....
Pero suframos con dolor la suerte;
que de esta vida y del placer reniego;
pues si tu lloras hoy, fría é inerte,
al recordarle lívido en la muerte,
sí muéres... yo también lloraré luego.

ODAS

LA ARMADA INVENCIBLE

Lánzase al mar bravio
la armada de la gente valerosa,
que ciñe en desafío
la espada victoriosa,
que abre al contrario, sin piedad, la fosa.

Al soplo de la brisa
flotando en alta mar se balancea;
mientras marcha de prisa
á la ruda pelea,
para vengarse de una reina atea.

La turba de gigantes
la voz de la venganza eleva al cielo,
y en tanto, chispeantes,
y envueltos entre un velo
misterioso, los ojos muestran duelo

Colúmpiase el navío
que eleva las banderas españolas,
y el piélagos bravio
con su conciencia á solas
mueve y agita las valientes olas.

Nunca mostró el guerrero
español el pavor á la tormenta,
y prosigue ligero
á castigar la afrenta
que lograr algún día, tereco intenta.

—

De pronto sordo ruido
produce el Oceano en sus entrañas,
y el hórrido bramido
pretende las hazañas
frustrar, de las heróicas siempre Españas.

—

Revuélvese en sí mismo
como la sierpe que luchar pretende;
pero el fuerte heroismo
del español se enciende,
y su furor ni mengua ni descende.

—

Pelea, lucha, calla,
redobla su furor, insiste en vano,
y tras ruda batalla
al fin rueda al arcano
que le abrió para siempre el Oceano.

—

Sigue el silencio inundo
al naufragio que abrió la sepultura
á la armada del mundo,
y queda la bravura
del español en la olvidada hondura.

—

¡Oh! impulso misterioso
que deparas al hombre su destino,
tan fuerte y tan grandioso
es tu poder divino,
que eres principio y fin de este camino.

Mas queda la memoria
para poder con ella hallar consuelo;
porque aquella victoria
tan solo el justo cielo
alcanzar pudo sobre nuestro suelo.

VIDA Y MUERTE DEL JUSTO

*A mi querido Profesor de Literatura
D. Luis Rodriguez Miguel*

¡Cuán bien descansa el pecho
que la virtud y la bondad practica,
si al estar en el lecho
al Creador suplica
y un momento por El se sacrifica!

La más serena calma
te circunda con plácida dulzura,
y al elevarse su alma,
contempla allá en la altura
de Dios la imagen transparente y pura.

Feliz se entrega al sueño
sin que le turbe la pasión liviana,
y plácido y risueño
le encuentra la mañana,
cuando despierta al son de la campana.

Pasa día tras día
la variedad del cielo contemplando,
y observa la armonía
con que la faz cambiando
vá, cual de tono el ruiseñor cantando.

Le llega al fin su hora
y muere sin desdicha y sin agravios;
medita, reza, llora
con la risa en los labios,
que es cual mueren los justos y los sábios.



AL TRUENO

—HIMNO—

Cállate, por favor, oye un momento:
escucha mi lamento,
que del pecho vibrando en lo profundo,
hace que me estremezca,
y á un tiempo me parezca
que vá cayendo en lobreguéz el mundo.
¡Oh ronco són, que en mi cereb'ro suenas!
¿Eres la voz del Creador que vibra,
conmoviendo la fibra
y rompiendo del viento las cadenas?
¡Ah trueno! Cuando rotas
las cuerdas de la citara divina,
cual hierva la del fuerte en los combates,
color de muerte por doquier fulmina.
Se encrespa mi cabello, mi semblante
torna en pálido el tinte purpurino,
y mi pecho cediendo á extraño impulso
emprende algún camino,
sin que halle punto do mi ser errante
dé al olvido el pavor. Todo convulso,
elevo al cielo de piedad los ojos,
y al pensar que el poder del hombre fuerte
ante tus gritos desfallece inerte,
en tierra caigo sin sentir de hinojos.



A una niña de 15 años

I

Yo soy el jilguero
que eleva la voz
en la alta ventana
ó el ancho balcón
tras de que te ocultas
cuando asoma el sol,
envuelto en doseles
de rojo crespón;
y siempre que canto
pronuncia mi voz;
aquí está mi Filis,
aquí está mi amor.

II

Yo soy el poeta,
cuya inspiración
despierta tu rostro
de claro arrebol,
de negro entrecejo,
de hermoso color,
que encanta, confunde
y enciende pasión,
que bulle en el pecho,
y vibra en la voz:
aquí está mi Filis,
aquí está mi amor.

III

Yo soy un cordero
y tras de tí voy
doquiera que vayas
con paso velóz
ó majestuoso,
balando en redor
sonidos que indican
ardiente pasión,
y van á tu oído
diciendo á una voz:
aquí está mi Filis,
aquí está mi amor.

IV

Yo soy el insecto
que en tu corazón
penetra á abrasarse
en fuego de amor,
y allí embriagado
con tanta pasión,
te dice en secreto
con trémula voz:
aquí está mi Filis,
aquí también yo.



No lo dudes, es poeta

El que doquiera que se halle
ó ante quien esté presente,
ya en su casa ó en la calle,
entre poca ó mucha gente,
improvise fácilmente
una fluida cuarteta:
no lo dudes, es poeta.

El que del bullicio escapa
donde solo pueda ver
algún punto que en el mapa
no logró gente tener,
y que se va por no haber
una misera peseta:
no lo dudes, es poeta.

El que viendo á alguna hermosa
le dice bajo al oído:
«oiga usted, niña preciosa,
por ella estoy abatido,»
y después, acto seguido
le hace alguna morisqueta:
no lo dudes, es poeta.

El que en la duda indecisa
se encuentre, ¿ó de pensamientos
cambie como de camisa

en unos cortos momentos,
y que gire con los vientos
lo mismo que una veleta:
no lo dudes, es poeta.

—

El que sin tener dinero
para ir á las diversiones,
toma el estrecho sendero
de empeñar los pantalones,
y que le dan intenciones
de subastar la chaqueta:
no lo dudes, es poeta.

—

El que cual un esqueleto
(que está en la tumba sombría
ennegrecido y escueto,
sin moverse noche y día),
sin tener norte ni guía
se halla solo en el planeta:
afirmalo, es un poeta.



ELEGÍA

LA MUERTE DE UN ANCIANO

I

Lágrimas de dolor, hondos gemidos
lanza mi pecho al contemplar la muerte,
envuelta entre su fúnebre sudario,
tan cerca de mi ser. Su brazo fuerte,
posando silenciosa
en mi confusa mente fatigada,
la queda inerte, helada,
y el reposo desea de la fosa.

II

¡Ah! ya las horas de placer suave,
en que sonar oía
el armonioso cántico del ave,
pasáronse; y el día
del sublime momento
ha llegado, fugáz y violento,
a atormentar, por fin, al alma mía.

III

Vedme morir, hermanos: ved mi pecho
bañado en llanto de dolor y angustia,
como aquella flor mustia
que el tiempo y las abejas marchitaron.
¡Ay! que presto volaron
aquellas horas de harmonia y calma,
en que en brazos del dios de los amores,

los bríos de mis cándidos albores
avivaron anhelos en mi alma.

IV

Amor, familia, sociedad, amparo,
todo me sobra ya; la parca impía
alumbra mis mejillas con el faro
de la tumba sombría.
No puedo proseguir... ya mi garganta
siento que se quebranta:
apagándome voy; y solo queda
un pedazo de crápula asquerosa,
que tragaré la fosa
cuando á la furia de la muerte ceda.

V

No lloreis, hijos míos. Ese llanto
que verteis con espanto
en torno de mi ser, calmadle ahora;
ya os tocará llorar. ¿Creeis acaso
que la postrera hora
no os llegará también? ¿O por ventura
no estais sujetos á la ley divina
que el Supremo marcó? ¡Ay! esa amargura
dejadla sosegar hasta el momento
en que se os vaya a abrir la sepultura.

VI

La tierra abre la mía,
y como madre, mi mortal despojo
recogerá, entre la prisión sagrada
donde mora la nada;
y donde el tiempo y el espacio mudos

por siempre yacerán: solo señales
de mis restos serán las dulces flores,
que engalanando la sombría tumba,
esparzan sus olores
en los días de amor, primaverales.

VII

El cielo se encapota: el viento zumba:
el sol ocúltase tras de la cumbre,
y al delicioso día
sigue la noche tenebrosa, triste,
en que del rayo la chispeante lumbre
nos infunde pavor. En tanto el trueno,
rompiendo las cadenas de su freno,
se destaca en horrisono estampido,
como el fugáz gemido
que lanza un corazón de angustia lleno.

VIII

¡Señor!... ¡Señor!... el estertor me ahoga:
ten ya piedad de mí: mientras vosotros,
hijos de mi pasión, tristes recuerdos
de lo que fui, quedáis en este mundo
de duelo, angustias y pesar profundo.

IX

¡Adios!... ¡último adios!... ¡adios del alma!
¡adios del corazón!... adios que siempre,
en los momentos de serena calma,
sonará en vuestro oído:
¡adios!... no lo olvideis; quede esculpido
en vuestro corazón este ¡ay! postrero;
mientras que yo descansaré en la tierra
de esta vida fugáz, constante guerra.

Sobre gustos no hay disputa

—IMITACION—

Me gusta ver el cielo
sin negros nubarrones,
y ver los corazones
alegres palpar.
Me gusta ver el suelo
de flores adornado,
y en ellas reclinado
su néctar aspirar.

Me gustan las mujeres
de rostros virginales,
fecundos manantiales
de dichas y pasión;
y todos los placeres
mundanos, á que invitan
cuando nuestra alma agitan
hiriendo el corazón.

Me agrada el fuego ardiente
de sus temperamentos,
y sus dulces acentos
atónito escuchar.
Me agrada ver sus ojos
lanzar doquier centellas,
dejando claras huellas
mis ojos al mirar.

Sus plácidos consuelos
y sus tiernas caricias,
amores y delicias
deseo poseer;
y hasta los mismos cielos
en tronos y doseles,
orladas de claveles,
yo las querría ver.

—
Me agrada el *Diablo Mundo*
con todos sus engaños,
y entretener los años
en contemplar el sol;
y ver el firmamento
pintado de colores,
formando mil primores
de nácar y arrebol.

—
Las flores, los poetas.
los sábios, las mujeres,
el mundo, los placeres
me gustan á cual más...
lo que me gusta en vano
son dos ó tres pesetas,
pues no las ví en mi mano
yo creo que jamás.



A la Srta. Emilia Mondelo

A lo que quiero aspirar,
señorita, en este día,
es á que anheleis guardar,
ó en vuestro album insertar
esta corta poesía.

I

Por un azar de la guerra
puse mi planta en el mundo,
que tanta belleza encierra,
tanta dicha y tanta luz;
y en él he vagado incierto
por el valle, por la sierra,
por la ciudad y el desierto,
manejando mi laud.

II

En la agitada carrera
del camino de la vida
os ví; cual la primavera
bella, y fragante cual flor
que vejeta en la ribera
de algún caudaloso río,
inspirándome enseguida
vuestra mirada el amor.

III

Ante vuestro rostro cándido
mueren de envidia las flores,

gorjean los ruiseñores
y almibar se hace la hiel;
el susurro es más harmónico,
más variados los colores,
el amor es más platónico
y el acibar se hace miel.

IV

Que me llamareis no dudo
hiperbólico en extremo;
llamadlo, pues; nada temo,
porque digo la verdad,
y si tomáis lo que os digo
por ficción ó pasatiempo,
hago punto y no prosigo:
lo que he dicho dispensad.



A la esperanza

I

Ven á mi ser, esperanza,
que mi acongojado pecho
vuela tras de tí deshecho
y nunca jamás te alcanza.
¿Dó brillas en lontananza
que tu plácido fulgor
no llega á mi derredor
á darme la luz que ansio?
¿No contemplas el desvío
á que me lleva tu amor?

II

Si nunca vienes á mí,
déjame pasar la vida
donde el recuerdo convida
tranquilo á vivir sin tí.
Déjame olvidado allí
hasta de mi mismo olvido;
pues aunque terco, te pido
me engañes con tus engaños,
mejor es pasar los años
recordando lo que he sido.

III

¿Qué más pretendo esperar
en la vida, que la muerte?
¿Puedo acaso poseerte,
ántes del mundo dejar?

¿Me puedes luego engañar
dentro del pecho escondida,
cuando vea de la vida
la mentira ó la ficción?
¿O ni entonces la ilusión
quedará desvanecida?

IV

Esperanza, te esperé
y nunca te ví venir;
no he podido conseguir
lo que con ánsia anhelé.
Tan sólo lo que se fué
es pasto de mi dolor,
y cuanto con más furor
te busco, para adorarte,
menos consigo encontrarte,
pues me has negado tu amor.

V

Si de mí tienes piedad,
consuélame en este día;
enciende mi fantasía,
y esconde la realidad.
Dame momentos de paz
mientras que mi vida avanza,
mirándote en lontananza
cerca de mi relucir;
mas es vano mi gemir:
necio te espero, esperanza.



¡Triste situación!

Malhadada suerte quiso
que el hombre se halle en el suelo,
esperando siempre un cielo,
recordando un paraíso.



Semana Santa

— LA RESURRECCIÓN —

¡Santo, Santo! los ángeles le cantan:
¡Hosana, Hosana! en las alturas suenan.
(Espronceda).

I

Los años al rodar traen la memoria
del santo mártir que bajó del cielo
á predicar las glorias de su gloria
en nuestro obscuro y cavernoso suelo
Murió en la lucha y alcanzó victoria,
tornando á Dios con misterioso vuelo,
y al ascender á la región divina
la luz se esparce, mientras él camina.

II

Miradle sin temor: oid mortales
el eco de su trompa vencedora,
y al través de los ópticos cristales,
mirad su imagen que el espacio dora.

Las tinieblas en raudos vendavales
huyen del mundo en la suprema hora
en que gigante aéreo se levanta:
hombre, doblega ante el Señor la planta.

III

Y arrodillado ante la cruz de hinojos,
tu rudo brazo y tu cerviz humilla;
levanta al cielo de piedad los ojos
y mira el foco de la Fé que brilla.
Deja la senda en que tan solo abrojos
y torpe error la religión mancilla;
verás que fácil y temprano vuelo
te hará ascender, como á tu Dios, al cielo.

IV

Resuenen los sonidos argentinos
de las tristes y humildes criaturas;
repita el eco los sonoros trinos
que entona el ruisenior en las alturas.
Brillen puros los rayos diamantinos
del sol en las frondosas espesuras,
y tono, ritmo, melodía y canto
se mezele y diga la virtud del Santo.



DOLORAS

AMOR DE MADRE

Entonces, franca Narcisa,
veías en tu hijo un sábio,
y vagaba por tu labio
siempre la dulce sonrisa.

Pero creció, y entre tanto
ser un tonto demostró,
y á tus ojos asomó
también el amargo llanto.

Lo que me prueba, Narcisa,
que en este mundo traidor,
al gozo anuncia el dolor,
al llanto anuncia la risa.



COSAS DEL MUNDO

I

Mientras tuve dinero
me rodeaba todo el mundo entero.

II

Mas el tiempo cambió,
y ese mundo en mi angustia me dejó.

El alma de los viejos

—ANACREÓNTICA—

Pasaron los calores
con que al estío, Febo
luminoso, mecía
en prolongado sueño.
Las hojas de los árboles
al impetu del viento,
formando remolinos
por él llevadas fueron;
y en los tranquilos valles,
y en los enhiestos cerros,
la nieve está alfombrando
el fecundante suelo.
No sé qué extraña pena
bullir entre mi sientto,
que me hace temer, débil,
el contemplarme viejo.
Mi fuerza está abatida,
y torvo está mi ceño,
mi aspecto melancólico,
y en este abatimiento
tan solo me dá vida
y chistes y gracejos,
beber un poco vino
que elévase al cerebro
y aviva mi semblante,
trocándole en risueño.
De la ancha chimenea

junto al rojizo fuego,
el jarro entre las piernas,
leyendo alegres cuentos,
me olvido de la nieve,
del frío y del invierno,
y cuando quiero como,
y cuando gusto bebo.
Pues ten bien entendido
que el vino soñoliento,
arrulla y apereza,
descanso da á los miembros,
calor á nuestras venas,
vigor á nuestros pechos.
¡Quién duda que el licor
ha sido en todo tiempo
el númen de los jóvenes,
el alma de los viejos!



Á la flor del Guareña

—SERENATA—

I

Eres angel del cielo,
dulce y hermoso,
y el mirarte en el suelo
me hace dichoso.
Pues tu mirada
tiene á mi loca mente
desconcertada.

De Venus Citerca
son tus cabellos,
y mi ser se recrea
solo con ellos.
¡Ay! quién, mi niña,
pudiera andar contigo
por la campiña!

En un trono sentada
quisiera verte,
ó en un fanal guardada
siempre tenerte.
Tanto te quiero,
que estando en tu presencia
de gozo muero.

Por tí, á etéreas regiones
hoy me remonto,
ó bajo á las prisiones
del hondo Ponto;
que poesía,
elocuencia y amores
tu ser me envía.

II

Buscando cantinelas
conque arrullarte,
cultivo las escuelas
de esta bella arte.
¿Pues quién no siente
inspiración divina
viendo tu frente?

—
Duerme, que yo entre tanto
velo tu sueño,
y á la reja te canto
cantar risueño.
Yace dormida,
que el que tranquilo duerme
goza de vida.

—
Por arrullarte solo
templo la lira,
y hasta en alto Polo
mi voz suspira;
y el eco sueña

modulando confuso
que «eres muy buena».

—

Duerme, torcaz paloma,
que á la ventana
brillante el sol se asoma
de la mañana.
Duerme, ángel mío,
que en el cantar el alma
franco te envío.



MISTERIO

Tal es mi situación. Tal es mi suerte.
Tal la estrella que guíame perdida,
que no sé si aceptar alegre vida,
ó buscar con afán amarga muerte.
Acá el destino me castiga fuerte,
y allí se halla la dicha prometida;
no sé si el acudir allí enseguida
ó aquí caer por el pesar inerte.
Entre esperanzas y recuerdos vanos
paso las horas con feroz despecho,
combinado á la par con dulce calma;
y siento al penetrar estos arcanos
un grito de placer dentro del pecho
y un ¡ay! desgarrador dentro del alma.

DOLORA

Al inmortal poeta Don Ramón Campoamor

I

Las Doloras al leer
del célebre Campoamor,
el placer causa dolor
y el dolor causa placer.
No es posible comprender
que cosas tan diferentes
produzcan en nuestras mentes
cuando dulzura amargura,
cuando amargura dulzura,
siendo encontradas corrientes.

II

Faltaba un genio profundo,
que á través de las edades,
en evidentes verdades
la verdad mostrara al mundo.
Pues ese génio fecundo
(y no soy adulador)
es don Ramón Campoamor
que sabe contraponer,
al ser del hombre el no ser
y á su placer su dolor.

III

La risa al amargo llanto,
la calma á la tempestad,
el error á la verdad
y á la dulzura el quebranto.
Al gemido el dulce canto,
y enseñarnos con conciencia
la engañosa diferencia
que hay entre el todo y la nada,
entre la herida y la espada,
entre el fin y la existencia



RUTINA

—A Agripina—

DOLORA

I

Nací, y los que me educaron
cuando á la niñez llegué,
discretos me aconsejaron
que en lo que ellos me enseñaron
tuviese constante fé.

Y como lo que es no sé
tener fé, por que bien veo,
aunque en nada creí ni creo
desde el día en que nací,
por algo que no me explico,
la fé en la vida practico,
creyendo en lo que aprendí.

*Porque en el mundo, Agripina,
á piés juntos creeme,
el amor, virtud y fé
se practican por rutina.*

II

Llegado á la juventud
á la humanidad oía,
que para el cielo la guía
del jóven, es la virtud.
Y al compás de mi laud

pregoné virtud también,
sin saber si tal palabra
lo que en este mundo labra
es del hombre, el mal ó el bien.
*Porque en el mundo Agripina,
el amor, virtud y fé,
se practican, creeme,
por rutina, por rutina.*

III

Hablar oí del amor,
y enseguida que lo oí,
yo también me convertí
en constante adorador.
Vi de tu rostro el albor,
é imitando á los demás,
voy siempre en tu derredor,
ya delante ó ya detrás,
jurándote por mi honor,
el no olvidarte jam'ís.
Y en lo que en el mundo esté,
si no mudo, te amaré
hasta no poder más
*Porque en el mundo Agripina,
el amor, virtud y fé,
se practican, creeme,
por rutina, por rutina.*



Décima epigramática

Se hallan en tal proporción
los poetas y el dinero,
como cero igual á cero,
que creo que iguales son.
Les hay que con intención
de adquirir muchas pesetas
se meten á ser poetas,
y al final de la jornada
iguales quedan á nada
ó á cero... haciendo cuartetas.



Epigrama

¿Y es cierto, don Baltasar
lo que acaba de contar?
—Tan cierto como esta cruz:
se lo he oído á un andaluz.
—Entonces, no hay más que hablar.



FIN



